

Clases sociales y desigualdad en la Argentina contemporánea (2011-2019).

Eduardo Chávez Molina y José Javier Rodríguez de la Fuente.

Cita:

Eduardo Chávez Molina y José Javier Rodríguez de la Fuente (2021). *Clases sociales y desigualdad en la Argentina contemporánea (2011-2019)*. REALIDAD ECONOMICA, 51.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/joserodriguez/103>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/pq7B/xot>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.



 **realidad
económica**

Nº 339 • AÑO 51

1º de abril al 15 de mayo de 2021

ISSN 0325-1926

Páginas 9 a 36

DISTRIBUCIÓN DE LA RIQUEZA

Clases sociales y desigualdad en la Argentina contemporánea (2011-2019)

Eduardo Chávez Molina* y José Rodríguez de la Fuente**

* Licenciado en Sociología de la Universidad de Buenos Aires (UBA). Magister en Políticas Sociales y doctor en Ciencias Sociales de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO). Profesor adjunto de las carreras de Sociología en la UBA y en la Universidad Nacional de Mar del Plata (UNMDP). Director del Departamento de Sociología en la UNMDP. Investigador del Instituto de Investigaciones Gino Germani (IIGG-UBA), Presidente J. E. Uriburu 950, 6to. piso (C1114AAD), Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina. echavez@sociales.uba.ar.

** Licenciado en Sociología, doctor en Ciencias Sociales, y profesor ayudante en la carrera de Sociología (UBA). Becario posdoctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) con sede en el IIGG-UBA, Presidente J. E. Uriburu 950, 6to. piso (C1114AAD), Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina. jfuente@sociales.uba.ar.

RECEPCIÓN DEL ARTÍCULO: enero de 2021

ACEPTACIÓN: marzo de 2021



Resumen

El presente trabajo analiza los cambios y las continuidades en la estructura de clases socio-ocupacionales para el período 2011-2019 en la Argentina urbana. Para ello, se analizan los cambios ocurridos en la composición por sexo y región, a la vez que se estudia la evolución en la distribución de los ingresos entre las clases a lo largo del período. En base a los microdatos de la Encuesta Permanente de Hogares (EPH) del INDEC, se considera a la población económicamente activa (PEA) como unidad de análisis, y se clasifica a la población a partir de la adaptación del esquema EGP (Erikson-Goldthorpe-Portocarero). De esta forma, se observan algunos rasgos de transformación incipiente, pero marcando una tendencia en la estructura de clases, de relativo achicamiento de la clase de trabajadores manuales calificados, a la vez que se verifica un crecimiento de la clase de servicios. Por otro lado, se observa un cambio de tendencia desde 2016, que se profundiza en 2018, hacia una mayor desigualdad económica entre las clases.

Palabras clave: Clase social - Desigualdad social - Estructura social - Macrismo - Ingresos

Abstract

Social classes and inequality in contemporary Argentina (2011-2019)

This paper analyzes the changes and continuities in the structure of socio-occupational classes for the period 2011-2019 in urban Argentina. To this end, the changes in the composition by sex and region are analyzed, while the evolution in the distribution of income between classes over the period is studied. Based on the micro-data of the INDEC Permanent Household Survey (EPH), the economically active population (EAP) is considered as the unit of analysis, and the population is classified based on the adaptation of the EGP scheme (Erikson-Goldthorpe-Portocarero). In this way, some features of incipient transformation are observed, but marking a trend in the class structure, of relative shrinking of the class of skilled manual workers, while there is a growth of the class of services.. On the other hand, a change in trend has been observed since 2016, which deepens in 2018, towards greater economic inequality between classes.

Keywords: Social class - Social inequality - Social structure - Macrism - Income

Introducción

2020 pudo ser pensado, en sus albores, como un año de reiniciación y de búsqueda de un camino que nuevamente llevase a la población al crecimiento y a la distribución de mayores frutos económicos. En algunos estudios de 2019, que parece más lejano que un año calendario, las expectativas eran fuertes y mayoritarias, expresadas en el cambio de administración política del Estado con la elección presidencial, que implicó la culminación de la gestión de Mauricio Macri y el inicio del gobierno de Alberto Fernández.

Pero como la caída de un rayo misterioso, un factor exógeno trastocó los planes del nuevo gobierno, y sumió a la población en condiciones aún más penosas por la debacle de la economía ante el enfrentamiento de la pandemia, donde el aislamiento pareciese ser la única solución viable a la espera del desarrollo de una nueva vacuna.

Culminando 2020, cuando escribimos este artículo, nos hemos dado cuenta de las pocas publicaciones académicas existentes acerca de las transformaciones en el mercado laboral y la estructura socio-ocupacional ocurridas ante el cambio de gobierno a fines de 2015. Pero, sin apostar a ser árbitros de un conflicto, hemos intentado con las herramientas que tenemos a mano tratar de saldar esa ausencia de información y análisis y poder comprender, en el marco de la agudización de un modelo que no se ha modificado por el factor pandemia, qué transformaciones han ocurrido en las clases socio-laborales más y menos afectadas por los cambios en las orientaciones sociopolíticas, como bien había planteado Susana Torrado en su ya clásico trabajo *La Estructura Social de la Argentina* (1992).

De esta forma nos formulamos los siguientes interrogantes: ¿cómo ha evolucionado la estructura de clases argentina en la última década? ¿Se presentan diferencias en términos de género, etarios o regionales cuando observamos las clases

sociales? ¿Han existido cambios en la desigualdad de ingresos a partir del nuevo gobierno, en 2016? ¿Qué clases resultaron ganadoras y cuáles perdedoras en los diferentes períodos?

Puntualmente buscamos: 1) describir las principales continuidades y rupturas, entre 2011 y 2019, que ha experimentado la población económicamente activa (PEA) desde un enfoque de clases sociales, según la composición por género y región; 2) analizar la evolución que presentó la distribución del ingreso entre las clases sociales. Partimos de la hipótesis de que los cambios ocurridos en el modelo económico, si bien tienen una menor influencia en las transformaciones estructurales de las clases sociales, muestran un mayor impacto en el proceso distributivo de los ingresos entre las distintas posiciones sociales.

Propuesta analítica y contexto socioeconómico

Los análisis de la desigualdad social tienden a verse reflejados, en mayor medida, en los estudios basados en distribuciones de ingresos específicamente, y expresados los mismos en deciles o quintiles para observar las brechas y distancias entre segmentos específicos. También a través de la utilización de indicadores resúmenes, como el coeficiente de Gini, de Theil, de Atkinson, entre otros. Pocas veces la información es tratada de acuerdo a la posición que las personas, o el conjunto del hogar, asumen en las relaciones de producción.

Por ello, dos son las grandes lentes de observación que este trabajo propone: los ingresos y las clases sociales. Si en los análisis tradicionales la pregunta por la desigualdad se ha centrado en los ingresos de los hogares e individuos, bajo el enfoque propuesto buscaremos captar la desigualdad atribuible al poder de explotación y acaparamiento de oportunidades ejercido entre las clases sociales (Pérez Sáinz, 2016). Los ingresos, que implican una aproximación teórica a un número preciso para las personas –el dinero con el cual cuentan mes a mes para enfrentar sus gastos–, no pueden comprenderse como una mera señal de la desigualdad, sino como un resultado de un proceso que tiene sus raíces en la distribución y redistribución desigual de condiciones y oportunidades de clase.

En este apartado, en primer lugar, presentaremos el enfoque de clases utilizado, con sus particularidades, para el estudio de la sociedad argentina. En segundo lugar, a modo de contextualización histórica, brindaremos algunas claves respecto de las transformaciones socioeconómicas centrales que tuvieron lugar en la segunda década del siglo XXI en Argentina, y que permiten comprender algunos aspectos del devenir de la desigualdad social.

La mirada desde las clases sociales

La estructura de clases, tanto como noción analítica así como elemento constitutivo de la sociedad, adquiere una preeminencia frente a toda una serie de factores explicativos de la desigualdad. Más allá de los cambios ocurridos en el seno del capitalismo (globalización, transformaciones del mercado de trabajo, modificaciones en las trayectorias vitales de los individuos), la estructura de clases continúa definiendo un régimen de desigualdades sociales. Específicamente si nos centramos en la distribución del ingreso, una serie de investigaciones recientes, tanto en el plano internacional (Albertini, 2013; Weeden, Kim, Di Carlo, y Grusky, 2007) como nacional (Benza, 2016; Pla, Rodríguez de la Fuente y Sacco, 2018; Poy y Salvia, 2019; Solís, Chávez Molina y Cobos, 2019) han enfatizado la persistencia de la clase como factor explicativo del bienestar económico de los hogares.

Ahora bien, ¿con qué lentes observamos las clases sociales? En este caso optamos por trabajar a partir del esquema internacionalmente utilizado para el estudio de las clases sociales, denominado “EGP”¹. Dicha clasificación parte de la separación de los individuos en función de la propiedad de los medios de producción, donde quedan determinadas las siguientes posiciones: 1) empleadores: aquellos que compran el trabajo de otro y asumen así algún grado de autoridad o control sobre estos; 2) trabajadores autónomos sin empleados: aquellos que no compran el trabajo de otros, ni venden el propio; 3) empleados: aquellos que venden su trabajo a los empleadores y se ubican bajo su autoridad o control (Erikson y Goldthorpe, 1992, pp. 39-40). Asimismo, el componente asalariado es distinguido en función de la relación de empleo en la que se insertan.

¹ Sigla de Erikson, Goldthorpe, Portocarero.

La relación de servicio da lugar a lo que el autor denomina “clase de servicios” y que se caracteriza por estar conformada por empleados profesionales, administradores y directivos. Dentro de las principales características de este tipo de relación se encuentra el hecho de que se desarrolla en un ámbito burocrático, tanto en el sector público como en el privado, y por vincularse a ocupaciones con una relativa autonomía y discrecionalidad. A diferencia de la relación de servicio, el contrato de trabajo –que da lugar a lo que conocemos como clase trabajadora– implica una relación de menor término y se realiza un intercambio de dinero por esfuerzo, calculado en función de las horas trabajadas. La discrecionalidad y autonomía suelen ser bajas. Es importante remarcar que esta diferenciación se utiliza en forma típico-ideal (Erikson y Goldthorpe, 1992, p. 43) y que muchas ocupaciones pueden ubicarse en una situación ambigua entre ambos tipos.

Sin embargo, en el campo del estudio de clases, tempranamente investigadores latinoamericanos han señalado la necesidad de considerar las particularidades que la estructura socioeconómica regional asume, a partir de enfoques teórico-metodológicos que sean sensibles a captar dichas singularidades (Benítez Zenteno, 1973). Enfoques teóricos críticos, que cobraron relevancia entre las décadas del 50 y 80 –como el estructuralismo de la CEPAL, las teorías de la dependencia, la teoría de la heterogeneidad estructural y el estudio de la informalidad–, permiten repensar ciertas cuestiones asociadas al desarrollo de las clases sociales en la región (Rodríguez de la Fuente, 2017). En este sentido, aplicar automáticamente enfoques elaborados para otros contextos puede llevar a la invisibilización de poblaciones que no se insertan completamente en las relaciones de trabajo anteriormente descritas: trabajadores pertenecientes a la clase obrera o al sector microempresario excluidos del sector capitalista moderno, de alta productividad, que se procuran el sustento a partir del empleo no reglamentado, informal o directamente de subsistencia (Portes y Hoffman, 2003, p. 15).

Algunos intentos han sido realizados para repensar, en términos teórico-metodológicos, la medición de las clases sociales en el contexto latinoamericano (Chávez Molina y Sacco, 2015; Solís et al., 2019). De este modo, al menos, dos aspectos deben retomarse desde una perspectiva crítica que considere la forma en que la heterogeneidad estructural imprime su sello en la estructura de

clases (Solís et al., 2019, p. 857). Por un lado, la existencia de dos sectores económicos diferenciados: uno formal, ligado a establecimientos de mayor productividad, mayor regulación laboral, mejores salarios y condiciones laborales; otro informal, de baja productividad, con trabajadores de baja calificación y en donde priman los bajos salarios y ocupaciones de subsistencia.

En segundo lugar, la heterogeneidad también ingresa en el empleo por cuenta propia, concebido por el esquema EGP bajo la denominación de “pequeña burguesía”. Si bien dicha clase, para el enfoque clásico, es ocupada tanto por pequeños empleadores como por trabajadores autónomos, en América Latina este universo se encuentra fuertemente representado por vendedores ambulantes, changarines u ocupaciones de baja calificación sometidas a condiciones precarias e inestables. Así es que la calificación se torna un atributo central para separar dos mundos diferenciados del empleo por cuenta propia.

Cambios recientes en la estructura socioeconómica

En el marco de cambios en la orientación política-económica del gobierno argentino, con claros matices diferenciadores que visualizaremos más adelante, desde inicios de siglo hasta el fin de la segunda década del siglo XXI se pueden observar marcadas distinciones de énfasis gubernamentales que modificaron las condiciones de vida en determinados segmentos poblacionales. Estos cambios se manifestaron en mayor medida desde 2016 en adelante con los ajustes reflejados en el aumento de tarifas de servicios públicos, despidos laborales, retrocesos salariales que no acompañaron el ritmo inflacionario del país, devaluación monetaria, achicamiento de los techos salariales en las disputas distributivas, aumento de la presión tributaria sobre consumidores y asalariados, reducción de las retenciones agrarias a sectores importantes del mundo de los granos, transferencias directas al sector minero, y aumento de los activos financieros vía endeudamiento (Varesi, 2018; Wainer, 2019). Por lo cual es posible preguntarse, bajo esta sintética enumeración, qué ha ocurrido en Argentina desde el segundo subperíodo *kirchnerista* (2011-2015) hasta la reciente restauración neoliberal (2016-2019), y qué sectores sociales se han visto afectados por dichos cambios, tanto en sus condiciones de ingresos monetarios como ocupacionales.

¿Qué dicen los diagnósticos previos al 2011-2016?

Distintos trabajos académicos reconocen un “cambio de orientación de la política económica, laboral y social respecto al ciclo de reforma estructural” (Vera y Poy, 2017) a partir de 2003, y caracterizan al período por sus “tendencias contrapuestas” (Kessler, 2014), sobre todo a partir de la desaceleración del crecimiento económico, la fuga de divisas y la escalada inflacionaria ocurridas desde la entrada en la década de 2010. Desde el amplio campo de los estudios del trabajo, se ha enfatizado la recomposición del empleo o la reducción de la precariedad laboral (Palomino y Dalle, 2012; Panigo y Neffa, 2009). Otros investigadores destacaron la recomposición de la clase trabajadora más calificada, reconociendo los límites que genera la heterogeneidad estructural (Chávez Molina y Sacco, 2015; Dalle, 2012; Maceira, 2016), una expansión y mejoramiento de los ingresos de las clases medias (Benza, 2016) y de las “estructuras de oportunidades” de movilidad social ascendente, sobre todo de hijos de trabajadores manuales calificados (Dalle, 2016). En este mismo campo, autores han subrayado que los procesos de recomposición coexistieron con rasgos de más largo plazo, como la segmentación y la heterogeneidad estructural (Beccaria y Maurizio, 2012; Jaccoud, Monteforte, y Pacífico, 2015; Salvia, Vera y Poy, 2015). Estas últimas investigaciones convergen con los estudios que, desde la economía política o la sociología económica, han destacado la persistente heterogeneidad de la economía argentina (Gaggero, Schorr y Wainer, 2014; Piva, 2018) y su rezago productivo con respecto a la frontera tecnológica internacional (Graña, 2015; Kennedy, 2015).

¿Qué sucede en el corto período 2016-2019?

Para el período 2016-2019, aunque existen pocos estudios que sistematicen el pasado reciente, podemos señalar algunos rasgos que nos parecen sintomáticos, que tuvieron su impacto en la estructura social y en los procesos distributivos. Partiendo de la base de las promesas que encaminaron el gobierno de Mauricio Macri, su diagnóstico se basaba en que en la economía argentina existían tres problemas fundamentales: el déficit fiscal, la inflación y la falta de confianza. Cuatro años más tarde la economía argentina era más pequeña, con una inflación creciente, mayor desempleo y aumento de la pobreza (Cassini, García Zanotti y Schorr, 2019; Santarcángelo y Padín, 2019; Wahren, Harracá, y Cappa, 2017; Wainer, 2019).

Como bien plantean algunos autores (Wahren et al., 2017, p. 3), le siguieron al desplome del consumo y del gasto público tres aspectos que desincentivaron la producción: 1) la acumulación de stocks de insumos adquirida por los empresarios que se adelantaron a la devaluación de diciembre de 2015 y disminuyeron su disponibilidad de efectivo; 2) el alza de las tasas de interés que encareció la inversión, así como el financiamiento de capital y el consumo en cuotas; 3) la apertura de las importaciones que implicó la sustitución de oferta interna por oferta externa. Esto perjudicó principalmente a pequeñas pymes e industrias, que son las principales fuentes de generación de empleo.

Se expandieron contratos con ciertas particularidades hacia el empleo juvenil promocionados desde el Gobierno (programas como “Jóvenes con más y mejor trabajo”, “Programa empalme”, “Programa de inserción laboral”, etc.), que se sostuvieron sobre una concepción de la capacitación, el emprendedurismo y la experiencia como ejes de sus intervenciones, sin mencionar las consecuencias de la flexibilización, precarización y pauperización de las condiciones del trabajo remunerado, que observaremos a continuación.

Esto tuvo sus efectos inmediatos en los procesos de precarización del mundo asalariado: incidió sobre la disminución de los contratos perdurables en el empleo y el crecimiento de otros que se asentaron en la inseguridad de su durabilidad. Más aún en situaciones de cuentapropismo o empleo desprotegido desde el inicio, porque afectó las propias condiciones del trabajo formal, empujando el cambio institucional hacia la incertidumbre de la contratación, lo que ha durado hasta el día de hoy producto de la pandemia. Pero esto conlleva procesos aún más complejos que afectan las condiciones de empleo de la población, como la descalificación de las actividades de servicios, principalmente las ligadas a las más variadas inserciones ocupacionales (comercio, comunicaciones, enseñanza, actividades rutinarias de oficina, etc.), lo que ha implicado la desvalorización de estas actividades en sí mismas, y lo mismo ocurre con las actividades manuales. El proceso de pauperización también está ligado a este fuerte contexto de descalificación de la tarea.

Y, por otro lado, la preponderancia del endeudamiento público nacional y el altísimo nivel de fuga de divisas durante el período 2016-2019, más la devaluación

del peso ante el dólar, generaron un impacto recesivo pronunciado, al estar el crédito principalmente destinado al envío de divisas al exterior, lo que aumentó la inestabilidad macroeconómica hasta el día de hoy, agravada por la pandemia.

Metodología

Como hemos señalado en la introducción, en esta investigación utilizaremos como fuente de datos a la Encuesta Permanente de Hogares (EPH) del Instituto Nacional de Estadística y Censos (INDEC). Nuestro universo de análisis estará compuesto por la población económica activa (PEA) que forma parte de los 31 aglomerados relevados.

Para observar la estructura de clases nos basamos en la adaptación presentada por Solís, Chávez Molina y Cobos (2019) del esquema EGP, de amplia utilización internacional (Erikson y Goldthorpe, 1992), que hemos analizado en el apartado anterior. De este modo, cuatro variables fueron utilizadas para la operacionalización del esquema original: el carácter ocupacional (primer y segundo dígito del Clasificador Nacional de Ocupaciones, CNO), la calificación de la tarea (quinto dígito del CNO), la categoría ocupacional y la existencia de supervisión laboral en el caso de los asalariados. Posteriormente, en función de adaptar el esquema a la realidad social latinoamericana (Solís et al., 2019), se desagregaron en función del tamaño del establecimiento en el que se insertan los trabajadores (aquellos mayores de 6 ocupados y los de menos de 5 ocupados), la clase IIIb (trabajadores de comercio), V/VI (supervisores de trabajo manual y trabajadores manuales calificados) y VIIa (trabajadores manuales no calificados). Asimismo, hemos optado por diferenciar dentro de la pequeña burguesía independiente (clase IVb) a aquellos trabajadores por cuenta propia calificados (IVb+) de los no calificados (IVb-), entendiendo que estos últimos se asemejarían más a trabajadores informales de subsistencia (Solís, 2016, p. 38). Así es que a partir del desdoblamiento de algunas de las categorías nucleares del esquema EGP y su reordenamiento en cinco macroclases, arribamos a un esquema que asume nuevas especificidades para la medición de la estructura social. A continuación, presentamos el esquema adaptado, tanto en su versión desagregada como agregada.

Tabla 1.
Esquema EGP adaptado (Solís, Chávez Molina, Cobos)*

EGP adaptado desagregado		EGP adaptado agregado
I	Profesionales (superiores), managers de grandes establecimientos y grandes propietarios	Clase de servicios
II	Profesionales (inferiores), managers de pequeños establecimientos, técnicos (superiores) y supervisores de trabajo no manual	
IIIa	Trabajadores rutinarios (oficinistas y administrativos)	Trabajadores rutinarios no manuales formales
IIIb+	Trabajadores rutinarios grandes establecimientos (ventas y servicios)	
IVa	Pequeños propietarios con empleados	Pequeña burguesía
IVb+	Pequeños propietarios sin empleados calificados	
V/VI+	Técnicos inferiores, supervisores de trabajo manual y trabajadores manuales calificados grandes establecimientos	Trabajadores manuales calificados formales
VIIa+	Trabajadores manuales no calificados grandes establecimientos	
IIIb-	Trabajadores rutinarios pequeños establecimientos (ventas y servicios)	Trabajadores informales
IVb-	Pequeños propietarios sin empleados no calificados	
V/VI-	Técnicos inferiores, supervisores de trabajo manual y trabajadores manuales calificados pequeños establecimientos	
VIIa-	Trabajadores manuales no calificados pequeños establecimientos	

Fuente: Elaboración propia.

Resultados

Cambios y continuidades en la estructura de clases

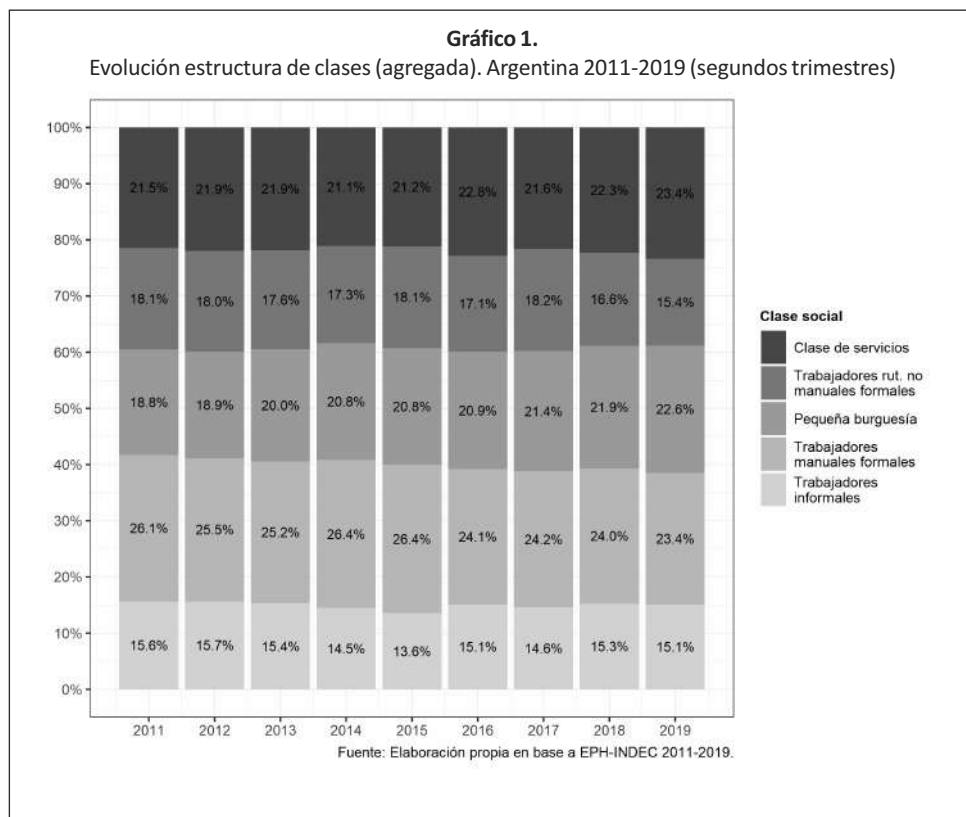
A lo largo del período 2011-2019, se produjeron pequeños cambios que anuncian tendencias que resultan sintomáticas de los procesos político-económicos más estructurales. En términos de la representación de las clases socio-ocupacionales organizadas en este artículo, se aprecia (**gráfico 1**) al final del período la misma proporción de trabajadores de la clase de servicios y de los trabajadores

formales manuales (23,4%), pero con recorridos disímiles, la primera en ascenso, en tanto que la segunda en descenso. Mientras que la clase de servicios tuvo un intermitente crecimiento de 2 puntos porcentuales (pp), las y los trabajadores formales manuales mostraron un achicamiento de casi 3 pp, lo cual señala un movimiento secular de la estructura social argentina: el continuo crecimiento de las actividades de servicios –y, con ello, el aumento de trabajadores y trabajadoras en el sector–, y el achicamiento de la clase trabajadora formal, ligada al sector industrial, que comenzó en 2016.

La clase de trabajadores rutinarios no manuales (formales) también encontró en el período 2016-2019 un proceso de reducción que dejó como saldo una pérdida de casi 3 pp. La gran receptora de población fue la pequeña burguesía, que aumentó entre puntas 4 pp, específicamente en su fracción cuenta-propia calificada (IVb+) (no se muestra en el gráfico). Por último, la clase que aglutina a los trabajadores informales se mantuvo hacia 2019 en los mismos niveles que en 2011, pero experimentando un camino ascendente desde 2016.

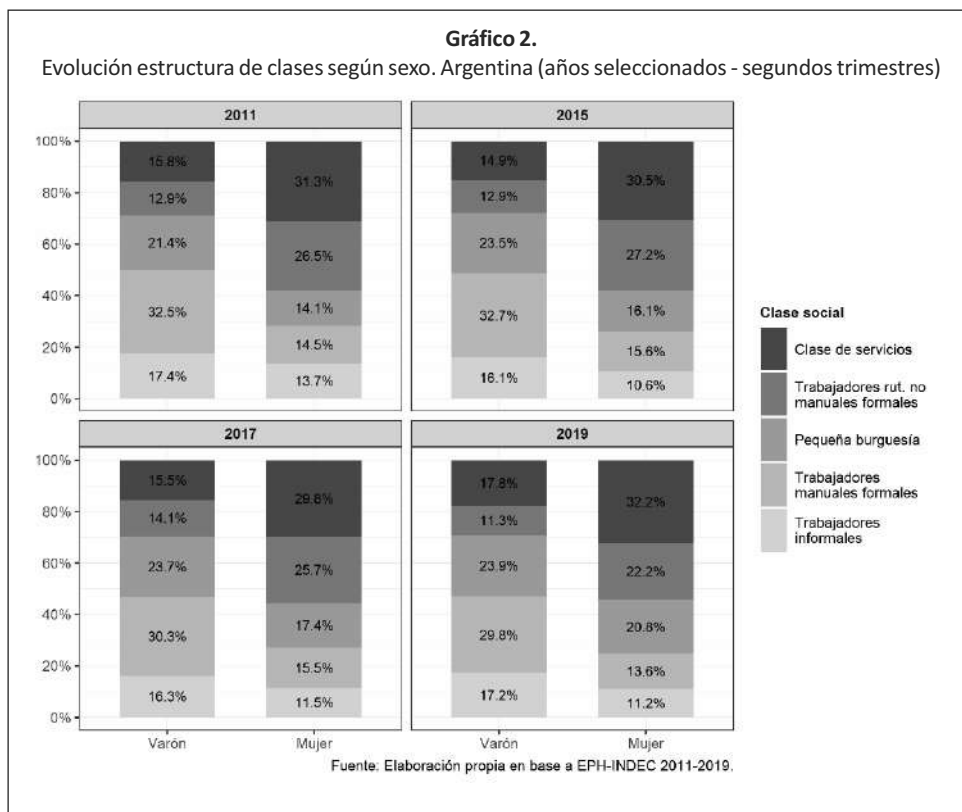
Las tendencias observadas nos permiten señalar que los cambios en el modelo económico, es decir el pasaje de un modelo de orientación neodesarrollista a otro neoliberal, tuvieron consecuencias inmediatas en la composición de la estructura de clases urbana de Argentina. Las medidas económicas tomadas a partir de diciembre de 2015, de corte aperturista y desreguladoras, por un lado tuvieron como correlato la consolidación, como ganadores, del sector de servicios (principalmente aquellos de mayor dinamismo) y del sector extractivo-agropecuario (Wainer, 2019). Por otro lado, la industria y la construcción (a excepción de los “brotes verdes” de 2017) fueron las actividades más perjudicadas del nuevo modelo y donde se evidenció una fuerte expulsión de mano de obra (Fernández y González, 2019; Varesi, 2018).

Otro componente a estudiar de la estructura de clases, para analizar cambios y continuidades, es la composición por género. La evolución de las clases sociales por sexo declarado (**gráfico 2**) muestra para 2019 datos singulares: mayor presencia femenina (32,2%) que de varones (17,8%) en las clases de servicios, sobre el total de cada sexo. En una lectura longitudinal, si bien se evidencia un aumento



para ambos sexos, las mujeres cuentan con un mayor nivel educativo y tasas más altas de matriculación en educación superior y de egreso, exigencias cada vez más solicitadas en las ocupaciones que forman parte de esa clase. Por otro lado, la clase de trabajadores rutinarios no manuales también sostuvo su composición feminizada, aunque marcando una cierta tendencia a la baja (-4 pp) y mostrando un posible movimiento de las mujeres hacia posiciones autónomas de la pequeña burguesía (con un aumento de 3 pp de 2017 a 2019).

Las clases con un mayor nivel de masculinización continuaron siendo aquellas vinculadas a la tenencia de cierto capital (pequeña burguesía) y al trabajo manual (principalmente formal). Asimismo, la caída entre las puntas del período del empleo



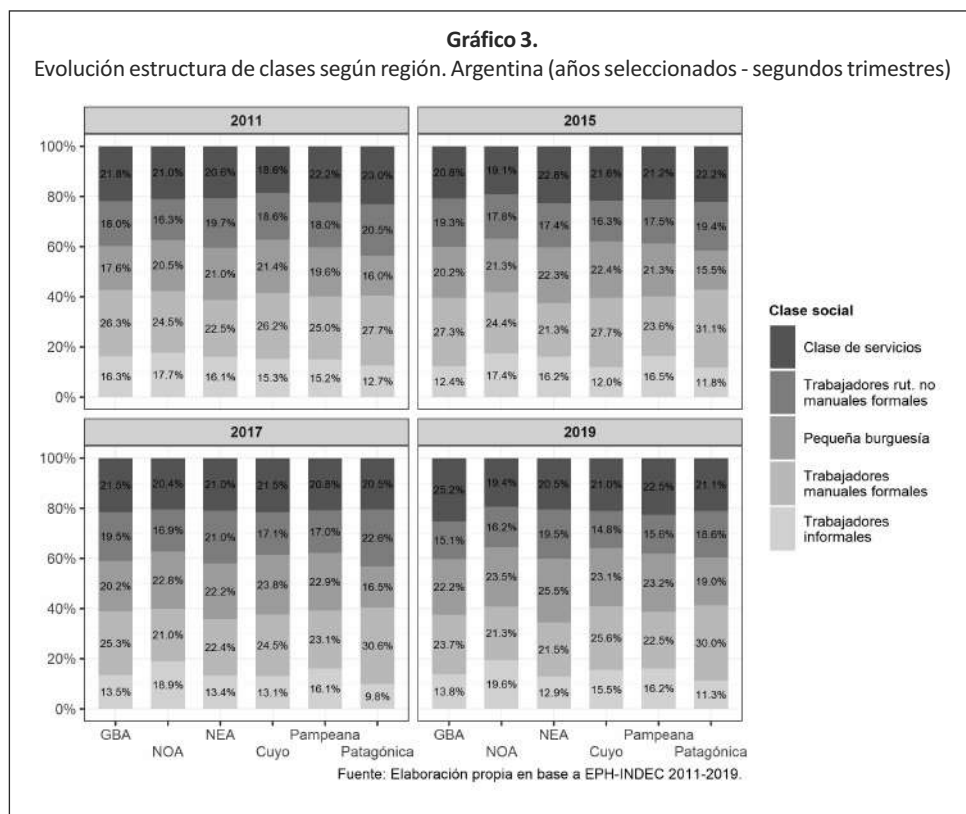
industrial no llevó a un cambio en la composición por sexo de la clase trabajadora formal, sino que mantuvo las brechas.

22

Finalmente, en el **gráfico 3** nos aproximamos a la composición de la estructura de clases según la región. Esto nos permite observar en qué medida las estructuras socioeconómicas subnacionales tienen como resultados distintas estructuras de clases. Si analizamos clase por clase, podemos observar que, luego de algunas oscilaciones, el Gran Buenos Aires (GBA) muestra la mayor proporción de clase de servicios del país (25,2%), secundada por la región pampeana (22,5%). En segundo lugar, el NEA se erige como la región del país con una mayor proporción de trabajadores no manuales rutinarios formales, es decir administrativos, oficinistas, em-

pleados públicos y vendedores y comerciantes de grandes establecimientos. En contraposición, el GBA, la Patagonia y la región pampeana vieron una merma en la población perteneciente en esta clase de entre 2 y 4 pp, entre puntas del período.

Como señalamos anteriormente, el crecimiento de la pequeña burguesía, principalmente en su fracción autónoma, fue un proceso que se dio a nivel nacional pero que adquirió mayor fuerza en el GBA y en el NEA, en donde dicha clase aumentó entre 4 pp y 5 pp, tomando como punto de comparación el año 2011. Por otra parte, el achicamiento de la clase de trabajadores manuales formales fue generalizado en todo el país, con excepción de la región patagónica, en donde se vio un aumento de 2 pp. En el resto de las regiones, con excepción de Cuyo y NEA, fue de casi 3 pp.



Por último, la clase de trabajadores informales presentó una trayectoria errática, con pequeños retrocesos y avances en determinadas regiones. En el GBA se mostró una reducción de la misma, pero nunca volvió a alcanzar los niveles de 2015. Por su parte, en el NOA y la región pampeana aumentó la población que compone dichas clases, mientras que NEA y en la Patagonia se redujo relativamente.

Distribución de los ingresos

Estudios que se realizaron sobre el período 2003-2015 (o sobre una parte del mismo) (Benza, 2016; Chávez Molina y Sacco, 2015; Pla et al., 2018) han señalado el relativo achicamiento de las brechas entre las clases sociales en la distribución de los ingresos, así como también una recomposición salarial a lo largo del período por parte de la clase obrera calificada y de los trabajadores de grandes establecimientos. Ahora bien, ¿qué transformaciones ocurrieron a partir de los cambios en la política económica desde finales de 2015?

Para hacer observables dichas cuestiones, en primer lugar nos centramos en los ingresos individuales totales según el posicionamiento de clase (**tabla 2**). De esta forma podemos observar que a través de los años se mantiene una estructura de tipo jerárquica entre las clases sociales, con excepción de la brecha existente entre los trabajadores manuales formales y la pequeña burguesía. Por otro lado, al interior de las clases también se observan matices entre los estratos que las conforman y se reproduce una brecha, por ejemplo, entre la clase I y II en la clase de servicios, o entre IVa y IVb+ en la pequeña burguesía.

La **tabla 2** nos permite, por otra parte, analizar los cambios producidos entre momentos particulares del período. En términos generales, el saldo fue un retroceso de un 12% en los ingresos individuales para el conjunto de la PEA, y las clases más perjudicadas fueron la pequeña burguesía (-22%) y los trabajadores informales (-17%).

El subperíodo 2011-2015 –a pesar de haber mostrado una desaceleración y estancamiento en diversos indicadores sociales, laborales y económicos (comparados con los años anteriores) (Beccaria y Maurizio, 2017; Kulfas, 2016)– cerró con un crecimiento del 4% en los ingresos promedio. Los mayores beneficiarios

Tabla 2.
Ingresos totales (deflactados a 2011*) según clase social.
Argentina 2011-2019 (segundos trimestres)

Clase	2011	2012	2013	2014	2015	2016	2017	2018	2019	Var. % 2011- 2019	Var. % 2011- 2015	Var. % 2016- 2019
Clase de servicios	4684	4519	4707	4484	4701	4802	4905	4783	4241	-9.5%	0.4%	-11.7%
I	5772	5645	5836	5596	5820	6434	6609	6413	5678	-1.6%	0.8%	-11.8%
II	3901	3725	3837	3707	3927	3666	3647	3659	3128	-19.8%	0.7%	-14.7%
Trabajadores no manuales rut. formales	3142	3468	3573	3257	3324	3234	3500	3201	2925	-6.9%	5.8%	-9.6%
IIIa	3239	3568	3670	3338	3365	3347	3578	3304	3019	-6.8%	3.9%	-9.8%
IIIb+	2678	2935	3124	2756	3068	2752	3128	2766	2477	-7.5%	14.6%	-10.0%
Pequeña burguesía	2434	2400	2473	2198	2340	2224	2373	2159	1896	-22.1%	-3.8%	-14.8%
IVa	3946	3701	3497	3378	3650	3880	4115	3642	3251	-17.6%	-7.5%	-16.2%
IVb+	2123	2187	2304	2044	2160	2021	2142	1960	1745	-17.8%	1.7%	-13.6%
Trabajadores manuales formales	2928	2953	3216	3059	3175	2831	3065	2902	2517	-14.0%	8.4%	-11.1%
V/VI+	3211	3279	3594	3416	3470	3164	3349	3238	2810	-12.5%	8.1%	-11.2%
VIIa+	2592	2536	2758	2588	2790	2435	2731	2466	2156	-16.8%	7.6%	-11.4%
Trabajadores informales	1672	1742	1838	1804	1896	1660	1636	1607	1383	-17.3%	13.4%	-16.7%
IIIb-	1598	1843	1827	1848	2012	1659	1704	1507	1533	-4.1%	25.9%	-7.6%
IVb-	1246	1396	1319	1196	826	1287	1281	1600	1059	-15.0%	-33.7%	-17.7%
V/VI-	1840	1982	2154	1956	2096	1924	1859	2060	1530	-16.8%	13.9%	-20.5%
VIIa-	1501	1574	1656	1642	1667	1542	1469	1310	1214	-19.1%	11.0%	-21.3%
Promedio	2804	2864	2964	2789	2904	2843	2968	2827	2467	-12%	4%	-13%

Fuente: Elaboración propia en base a EPH-INDEC 2011-2019.

* Calculado a partir de IPC 9 provincias desde 2011 hasta 2014. Desde 2014, calculado a partir del promedio entre el IPC San Luis y CABA.

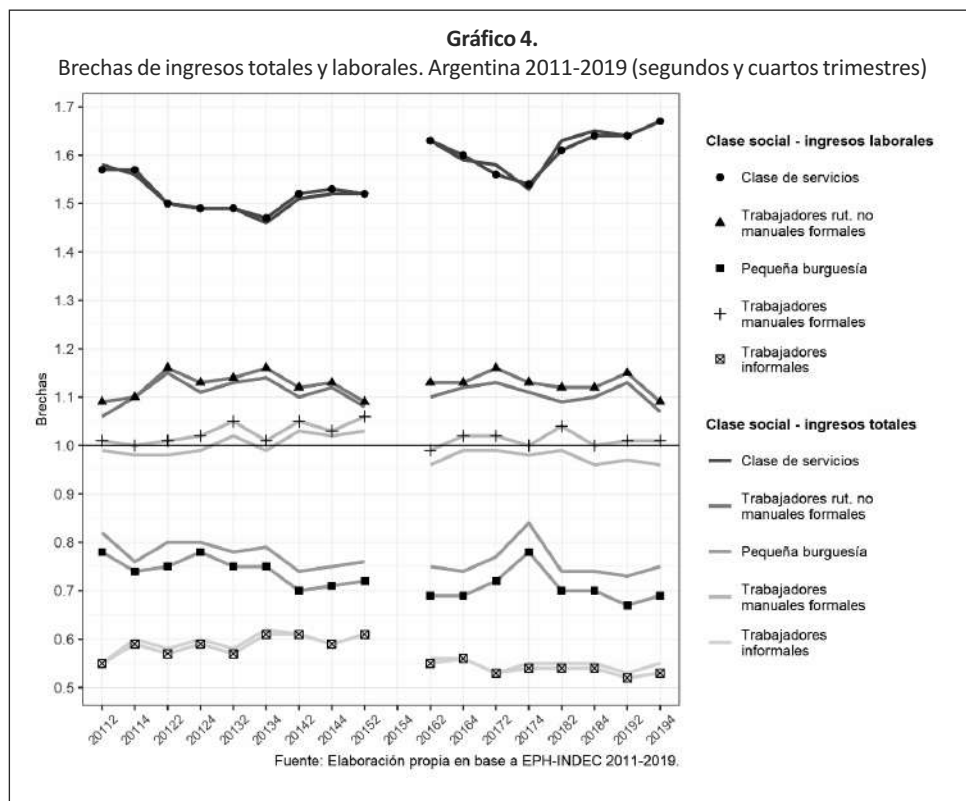
(en términos relativos) en dichos años fueron la clase de trabajadores informales (13%), los trabajadores manuales formales (8%) y, en menor medida, los trabaja-

dores rutinarios no manuales formales, es decir, a gran escala, el mundo asalariado formal y los trabajadores con peores condiciones laborales. En cambio, la clase de servicios y la pequeña burguesía experimentaron un crecimiento nulo o decrecimiento en sus ingresos comparando con aquello percibido en 2011.

El subperíodo 2016-2019 muestra un reverso de la tendencia, principalmente a través de un deterioro general de los ingresos en el orden del 13%. De este modo, si bien todas las clases perdieron en poder adquisitivo, los trabajadores informales (-17%) y la pequeña burguesía (-15%) fueron los que más se vieron perjudicados. Haciendo foco en la clase de trabajadores informales, los trabajadores calificados y no calificados de pequeñas empresas fueron los que experimentaron una mayor merma en sus ingresos (-20% y -21%, respectivamente). Las fuertes caídas en el salario mínimo, vital y móvil (del orden del 30% comparando 2015 y 2019) y la Asignación Universal por Hijo (AUH) (del orden del 24%), acompañadas por la fuerte escalada inflacionaria en 2018, resultan explicativas del proceso de pauperización que experimentaron estos sectores (Fernández y González, 2019).

Otra forma de aproximarse a las desigualdades de ingresos es a partir de las brechas de ingresos (**gráfico 4**). Dicha medida, al comparar el ingreso por clase social con el ingreso promedio, nos aproxima de mejor modo a un estudio propiamente de la desigualdad social, ya que no comparamos únicamente los ingresos a través del tiempo, sino entre las mismas clases.

El **gráfico 4** nos permite identificar tres fronteras existentes entre las clases sociales. Por un lado, aquella entre la clase de servicios, que mantiene una posición aventajada respecto de las demás clases a lo largo del período, en términos de apropiación de ingresos. En segundo lugar, el espacio que comprende a la clase de trabajadores rutinarios no manuales y los trabajadores manuales formales, y que se encuentran por sobre el promedio general. Por último, la pequeña burguesía y, debajo, los trabajadores informales, que a lo largo del tiempo mantienen ingresos por debajo del promedio. Mientras que entre 2011-2015 estas fronteras tendían a acercarse relativamente, a partir de 2018 estas distancias se acrecentaron, y se pudo evidenciar un crecimiento en la desigualdad entre las clases.



La diferenciación entre las brechas de los ingresos laborales y los ingresos totales (ingresos laborales + no laborales) nos permite aproximarnos al rol que juegan en el tiempo aquellos ingresos que no se originan en el mercado de trabajo (jubilaciones, pensiones, rentas, ganancias, becas, transferencias, etc.)². Es decir, podemos poner en juego el modo en el que la desigualdad se expresa en el proceso distributivo y redistributivo de los ingresos. Simplificando el análisis, si las curvas de cada clase social se solapan entre sí, implica que la desigualdad entre los ingresos

² Debe entenderse a este procedimiento como una aproximación y no una muestra cabal de los ingresos no laborales, debido a la dificultad en la captación de algunas formas que los componen, como las rentas o las ganancias.

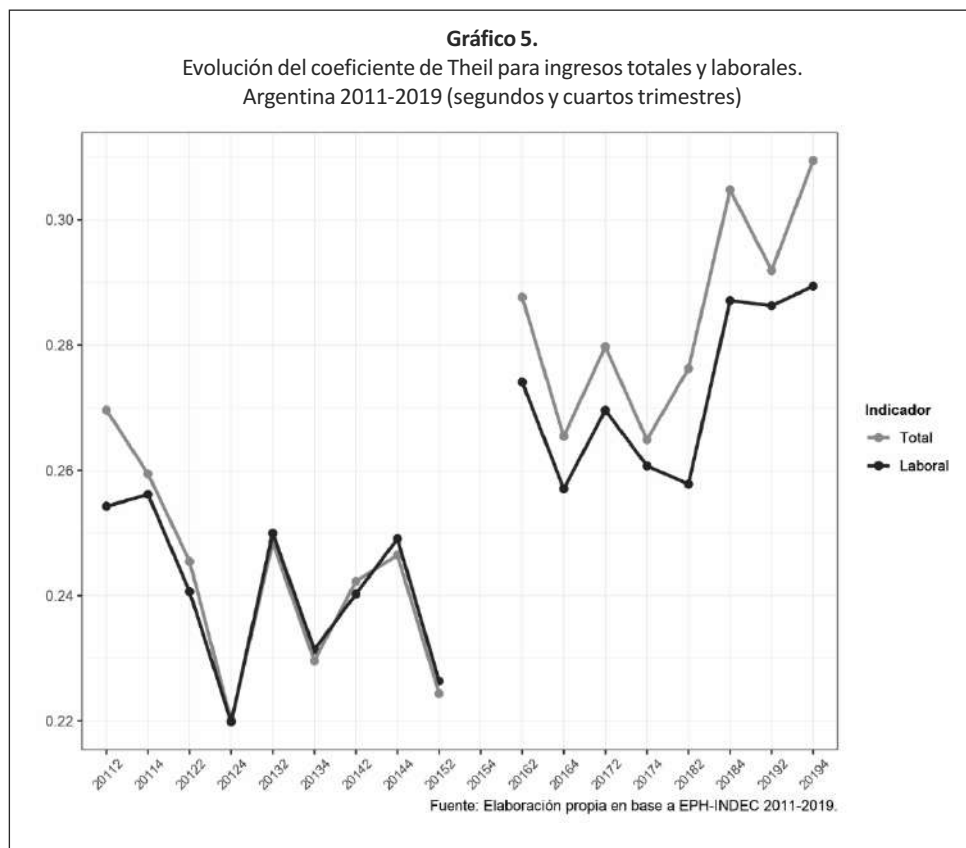
totales y laborales no presenta diferenciaciones. Por el contrario, un alejamiento estaría señalando algún tipo de efecto que podría generar en la desigualdad la percepción de las diferentes modalidades de ingresos.

Como puede observarse, en la clase de servicios, únicamente en el segundo trimestre de 2017 y el segundo y tercero de 2018 se aprecia un leve incremento en la brecha por parte de los ingresos totales, lo que se puede explicar, en este caso, por ingresos no provenientes del mercado de trabajo. Los trabajadores rutinarios no manuales y los trabajadores manuales, ambos formales, muestran un mejor desempeño al considerar únicamente los ingresos laborales. Esto señala que se trata de clases que constituyen principalmente sus ingresos a partir del mercado de trabajo, con un menor impacto de las fuentes que provienen de otros orígenes.

A contra tendencia, la pequeña burguesía (recordemos que nos referimos a pequeños empleadores y trabajadores por cuenta propia calificados) muestra un acercamiento al ingreso promedio a partir de la consideración de ingresos no laborales. En el caso del sector minoritario (IVa), de mayor capitalización, estos ingresos pueden provenir de alguna renta o ganancia, sin embargo, para el caso específico de los trabajadores independientes calificados (IVb+), dada su exposición a situaciones de informalidad, es probable que ese acercamiento provenga de transferencias de ingresos como la AUH. Finalmente, los trabajadores informales presentan una tendencia similar a la pequeña burguesía pero con un impacto inferior de los ingresos totales.

Finalmente, analizaremos específicamente la dinámica que presentó la desigualdad de ingresos a lo largo del período. Para esto calcularemos el índice de Theil (**gráfico 5**), coeficiente basado en la familia de mediciones de entropía que, en forma similar al índice de Gini, nos permite una aproximación a la concentración del ingreso, con una mayor sensibilidad al espectro de ingresos medios-altos (Atkinson y Bourguignon, 2014). El mismo varía de cero a infinito, y es este primer valor la representación de la igualdad perfecta.

En este sentido, ambos subperíodos muestran dos imágenes de la desigualdad bien diferenciadas. Entre 2011 y 2015 se evidencia un oscilado descenso de la de-

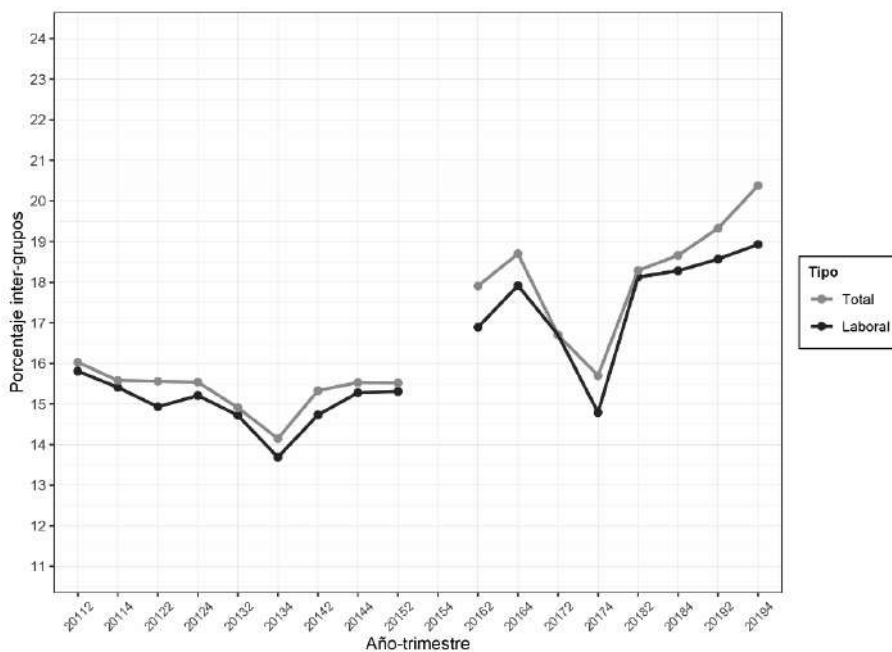


sigualdad, con su punto mínimo hacia fines de 2012 y con picos hacia mediados de 2013 y fines de 2014, producto de la devaluación de la moneda en un 14% y su correlato en el incremento inflacionario³. Por el contrario, la escalada inflacionaria del orden del 45% (interanual) hacia junio de 2016 producto de la “salida del cepo” (cambiario), elevó considerablemente la desigualdad.

³ Según el Índice de Precios al Consumidor (IPC) que calcula la Dirección de Estadísticas y Censos de la Ciudad de Buenos Aires, el nivel de inflación general de 2014 trepó al 32,6%, muy por encima del 23,9% de 2013.

Otra cuestión a remarcar es el desacople existente para el segundo período respecto de la desigualdad medida a partir de los ingresos totales y, únicamente, desde los ingresos laborales. Esta situación, reseñada párrafos más atrás, podría estar señalando cierto crecimiento de la desigualdad producto de ingresos particulares no provenientes del mercado de trabajo (rentas, ganancias, activos financieros). Tomando como referencia los ingresos totales, los mejores momentos de los años “macristas” (fines de 2016 y principios de 2018) no igualan los peores momentos de la distribución del ingreso bajo el segundo mandato de Cristina Fernández de Kirchner.

Gráfico 6.
Descomposición del coeficiente de Theil (componente inter-grupos). Argentina 2011-2019



Fuente: Elaboración propia en base a EPH-INDEC.

Asimismo, el coeficiente de Theil tiene ciertas propiedades que permiten su descomposición aditiva a partir de diversos factores “generadores de desigualdad” (Altimir, Piñera, y Crivelli, 1979, p. 1). De este modo permite clasificar componentes de desigualdad “inter-grupos” (parte explicada) e “intra-grupos” (parte no explicada), lo que lo vuelve adecuado para el estudio de las clases sociales al posibilitar conocer cuánta desigualdad puede explicarse por el modo en que la sociedad asigna individuos y posiciones a determinadas clases.

El **gráfico 6** muestra la evolución del componente inter-grupos de la desigualdad que es explicado por la estructura de clases. Hasta fines de 2013 se observa una sostenida disminución en el porcentaje de desigualdad de ingresos explicada, que alcanza un valor de 13%, pero evidencia luego un rebote que posteriormente derivó en un estancamiento de la tendencia. El cambio de modelo económico se inició con un fuerte incremento en la desigualdad de clases (y alcanzó casi el 19% hacia fines de 2016), para luego experimentar un retroceso en 2017. Ya a comienzos de 2018, a partir del agotamiento del financiamiento externo vía endeudamiento privado, la desigualdad de clase trepó nuevamente a los guarismos anteriores, y alcanzó a más del 20%.

Conclusiones

En base a una mirada descriptiva de las clases socio-ocupacionales, a partir de 2016 se produjo un aumento relativo y tendencial de las actividades de servicios no manuales sobre las actividades manuales, como correlato de cierto achicamiento del mercado interno y pérdida de puestos de trabajo en el sector manufacturero. La otra gran modificación recayó en la pequeña burguesía, que presentó un incremento importante a lo largo de la década, específicamente en su fracción cuenta-propia calificada, y que puede estar explicada por varios factores: aumento de cualificaciones educativas en un segmento de la población juvenil, así como por el decrecimiento de puestos de trabajo asalariados.

Con respecto al género, se evidencia una mayor presencia de mujeres en la clase de servicios y de trabajadores no manuales rutinarios, en vínculo con la información de otros estudios que dan cuenta de la mayor participación femenina

en estudios superiores y una mayor proporción de egresadas, lo cual incide en el aumento de estas clases sociales.

Por otra parte, el GBA muestra la mayor proporción de clase de servicios del país (25,2%), secundada por la región pampeana (22,5%). Esto es importante para entender la lógica de los comportamientos colectivos por clase social, como bien lo plantean trabajos sobre el tema (Ipar, Chávez Molina y Catanzaro, 2014). En segundo lugar, el NEA se muestra como la región del país con una mayor proporción de trabajadores no manuales rutinarios formales. La pequeña burguesía tiene mayor fuerza en el GBA y en el NEA, en donde dicha clase aumentó entre 4 pp y 5 pp, tomando como punto de comparación el año 2011. Por otra parte, el achicamiento de la clase de trabajadores manuales formales fue generalizado en todo el país.

La segunda mirada aportada desde el análisis de clases consistió en evaluar el modo en que los ingresos se distribuyeron. Como saldo, hacia el final del período se evidencia una fuerte caída de los ingresos reales (12%), explicada fundamentalmente a partir de las orientaciones económicas que comenzaron hacia finales de 2015. En este sentido, la pequeña burguesía y los trabajadores informales fueron las clases más perjudicadas.

Al analizar las brechas de ingresos observamos que los trabajadores rutinarios no manuales y los trabajadores manuales, ambos con mayores niveles de formalidad laboral, muestran un mejor desempeño al considerar únicamente los ingresos laborales, lo que remarca el hecho de que dichas clases constituyen principalmente sus ingresos a partir del mercado de trabajo, con un menor impacto de las fuentes que provienen de otros orígenes. Por el contrario, para la pequeña burguesía, fundamentalmente, y los trabajadores informales el aporte de ingresos no laborales les permite un achicamiento en las brechas de desigualdad respecto de las demás clases.

En importante destacar que los dos subperíodos analizados nos grafican dos imágenes de la desigualdad bien diferenciadas: entre 2011 y 2015 se evidenció un descenso en la desigualdad; por el contrario, en 2016 la desigualdad se elevó con-

siderablemente, y marcó así el sendero que experimentaría dicho indicador en los años venideros.

Y, para culminar, nos preguntamos qué clases resultaron ganadoras y cuáles perdedoras en dicha distribución en los diferentes períodos. En base a los datos presentados, y estrictamente observando la evolución de los mismos en el período 2011-2019, dimos cuenta de que los cambios en el modelo económico tuvieron consecuencias inmediatas en la composición de la estructura de clases urbana de Argentina. De esta forma, las políticas económicas de tipo aperturistas, desreguladoras y concentradoras marcaron negativamente al conjunto de las clases sociales⁴, aunque algunas se vieron más perjudicadas que otras. Aquellas clases ligadas a inserciones formales, tales como la clase de servicios, los trabajadores rutinarios no manuales y los trabajadores manuales formales perdieron menos que aquellos grupos más expuestos a la informalidad y los vaivenes económicos.

Bibliografía

- Albertini, M. (2013). The relation between social class and economic inequality: A strengthening or weakening nexus? Evidence from the last three decades of inequality in Italy. *Research in Social Stratification and Mobility*, 33, 27-39.
- Altimir, O., Piñera, S., y Crivelli, A. (1979). *Análisis de descomposición: Una generalización del método de Theil*. CEPAL - Banco Mundial.
- Atkinson, A. B., y Bourguignon, F. (2014). *Handbook of income distribution* (Vol. 2). Amsterdam: Elsevier.
- Beccaria, L., y Maurizio, R. (2012). Reversión y continuidades bajo dos regímenes macroeconómicos diferentes. Mercado de trabajo e ingresos en Argentina. 1990-2010. *Desarrollo Económico*, 52(206), 205-228.

⁴ Claro está que nuestro análisis no contempla (debido a las limitaciones de la fuente de datos) a las élites de servicios, agroexportadora y financiera, que han sido los actores más beneficiados por las políticas impulsadas a partir de 2016 (Wainer, 2019).

- Beccaria, L., y Maurizio, R. (2017). Mercado de trabajo y desigualdad en la Argentina. Un balance de las últimas tres décadas. *Sociedad*, 37, 15-75.
- Benítez Zenteno, R. (Ed.). (1973). *Las clases sociales en América Latina*. México: Siglo XXI.
- Benza, G. (2016). La estructura de clases durante la década 2003-2013. En G. Kessler (Ed.), *La sociedad argentina hoy. Radiografía de una nueva estructura*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Cassini, L., García Zanotti, G., y Schorr, M. (2019). El poder económico durante el gobierno de Cambiemos: Desempeños empresarios y lógicas de acumulación en una etapa de reposicionamiento de las diferentes fracciones del capital concentrado. En F. J. Cantamutto y P. Belloni (Eds.), *La economía política de Cambiemos. Ensayos sobre un nuevo ciclo neoliberal en la Argentina*. Buenos Aires: Batalla de Ideas.
- Chávez Molina, E., y Sacco, N. (2015). Reconfiguraciones en la estructura social: Dos décadas de cambios en los procesos distributivos. En A. Salvia y J. Lindenboim (Eds.), *Hora de Balance: Proceso de acumulación, mercado de trabajo y bienestar. Argentina 2002-2014*. Buenos Aires: Eudeba.
- Dalle, P. (2012). Cambios recientes en la estratificación social en Argentina (2003-2011). Inflexiones y dinámicas emergentes de movilidad social. *Argumentos. Revista de crítica social*, (14).
- Dalle, P. (2016). *Movilidad social desde las clases populares: Un estudio sociológico en el Área Metropolitana de Buenos Aires 1960-2013*. Buenos Aires: IIGG-CLACSO.
- Erikson, R., y Goldthorpe, J. H. (1992). *The constant flux: A study of class mobility in industrial societies*. Oxford: Clarendon Press.
- Fernández, A. L., y González, M. (2019). *Informe sobre situación del mercado de trabajo N°6*. CIFRA.
- Gaggero, A., Schorr, M., y Wainer, A. (2014). *Restricción eterna. Poder económico y trabas al desarrollo durante el kirchnerismo*. Buenos Aires: Futuro Anterior.
- Graña, J. M. (2015). Los problemas productivos de las empresas y su vinculación con el deterioro de las condiciones de empleo de los trabajadores. En A. Salvia y J. Lindenboim (Eds.), *Hora de Balance: Proceso de acumulación, mercado de trabajo y bienestar. Argentina 2002-2014*. Buenos Aires: Eudeba.
- Ipar, E., Chávez Molina, E., y Catanzaro, G. M. (2014). Dilemas de la democracia (y el capitalismo) en Argentina: Transformaciones sociales y reconfiguraciones ideológicas. Parte 1. *Realidad Económica*, 285.

- Jaccoud, F., Monteforte, E., y Pacífico, L. (2015). Evolución del mercado de trabajo en la posconvertibilidad en perspectiva histórica. En J. Lindenboim y A. Salvia (Eds.), *Hora de balance: Proceso de acumulación, mercado de trabajo y bienestar. Argentina 2002-2014*. Buenos Aires: Eudeba.
- Kennedy, D. (2015). Las fuentes de compensación desde la perspectiva de la contabilidad social y su rol en el ciclo económico. En J. Lindenboim y A. Salvia (Eds.), *Hora de balance: Proceso de acumulación, mercado de trabajo y bienestar. Argentina 2002-2014* (pp. 75–107). Buenos Aires: Eudeba.
- Kessler, G. (2014). *Controversias sobre la desigualdad: Argentina, 2003-2013*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Kulfas, M. (2016). *Los tres kirchnerismos: Una historia de la economía argentina, 2003-2015*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Maceira, V. (2016). Aportes para el análisis de la estructura de clases y la diferenciación social de los trabajadores en el área Metropolitana de Buenos Aires en la post-convertibilidad. *Estudios del trabajo*, (52).
- Palomino, H., y Dalle, P. (2012). El impacto de los cambios ocupacionales en la estructura social de la Argentina: 2003-2011. *Revista de trabajo*, 10(8), 205–223.
- Panigo, D., y Neffa, J. C. (2009). El mercado de trabajo argentino en el nuevo modelo de desarrollo. *Documento de trabajo del Ministerio de Economía y Finanzas Públicas de la Nación*.
- Pérez Sáinz, J. P. (2016). *Una historia de la desigualdad en América Latina. La barbarie de los mercados desde el siglo XIX hasta hoy*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Piva, A. (2018). Política económica y modo de acumulación en la Argentina de la pos-convertibilidad. *Revista Perfiles Latinoamericanos*, 26(52).
- Pla, J., Rodríguez de la Fuente, J., y Sacco, N. (2018). Clases sociales y condiciones de vida en el Gran Buenos Aires (2003-2013). *Revista Colombiana de Sociología*, 41(2), 189-231.
- Portes, A., y Hoffman, K. (2003). *Las estructuras de clase en América Latina: Composición y cambios durante la época neoliberal* (Vol. 68). Santiago de Chile: CEPAL, División de Desarrollo Social.
- Poy, S., y Salvia, A. (2019). *Estratificación social, movilidad intergeneracional y distribución de resultados de bienestar en la Argentina*. Buenos Aires: Educa.

- Rodríguez de la Fuente, J. (2017). Aportes del pensamiento crítico latinoamericano para el estudio de la estructura de clases y la movilidad social. *Trabajo y sociedad*, 29, 18.
- Salvia, A., Vera, J., y Poy, S. (2015). Cambios y continuidades en la estructura ocupacional urbana argentina. En A. Salvia y J. Lindenboim (Eds.), *Hora de balance: Proceso de acumulación, mercado de trabajo y bienestar. Argentina 2002-2014*. Buenos Aires: Eudeba.
- Santarcángelo, J., y Padín, J. M. (2019). La reinstauración del neoliberalismo en Argentina durante el gobierno de la Alianza Cambiemos. 2015-2019. *Realidad económica*, 48(326), 33-58.
- Solís, P. (2016). Aspectos metodológicos en el análisis de la movilidad social. En P. Solís y M. Boado (Eds.), *Y sin embargo se mueve... Estratificación social y movilidad intergeneracional de clase en América Latina*. Ciudad de México: Centro de Estudios Espinosa Yglesias.
- Solís, P., Chávez Molina, E., y Cobos, D. (2019). Class Structure, Labor Market Heterogeneity, and Living Conditions in Latin America. *Latin American Research Review*, 54(4).
- Torrado, S. (1992). *Estructura social de la Argentina, 1945-1983*. Buenos Aires: Ediciones de la Flor.
- Varesi, G. Á. (2018). Relaciones de fuerza bajo la presidencia Macri. *Realidad Económica*, 320, 36.
- Vera, J., y Poy, S. (2017). Mercado laboral, políticas sociales y desigualdad: Cambios recientes en perspectiva histórica. Gran Buenos Aires, 1974-2014. *Economía UNAM*, 14(42), 3-23.
- Wahren, P., Harracá, M., y Cappa, A. (2017). A tres años de Macri: Balances y Perspectivas de la Economía Argentina. *Economía*.
- Wainer, A. (2019). ¿Desarrollismo o neoliberalismo? Una economía política del macrismo. *Realidad económica*, 48(324), 33-68.
- Weeden, K. A., Kim, Y. M., Di Carlo, M., y Grusky, D. (2007). Social Class and Earnings Inequality. *American Behavioral Scientist*, 50(5), 702-736.